

# EL DILUVIO

Diario republicano - Dos ediciones diarias

Información española y extranjera, Artes, Ciencias y Literatura

EDICION de la TARDE

Subscription Barcelona, pta. 1'50 al mes. Fuera, pta. 3'00. Extranjero pta. 6'00.

REDACCION, ADMINISTRACION Y TALLERES

ANUNCIOS Y SUSCRIPCIONES

Escalero Blanco, 3 bis, bajos.

Plaza Real, 7, bajos. Teléfono 630.

## DIVERSIONES PARTICULARES

**Tertulia Barcelonina** - TEATRE PRINCIPAL. — Funció per a dimecres (per ser festiu la dioua) dia de Moda. — ¡Gran tip de riurer!

Repeticó de la Ignocentada, per en Santpere y demés actors cómics.

Vals d'entrada i butaca a pessetes 1'15 en la sombrereria Gil, Hospital, 16; «El Ingeni», Raurich, 8, y Relojería Mullor, Baixada de la Presó, 8.

Nota: En la Administració del Teatre se renovarà l'abonament.

## Crónica diaria.

### Cooperatismo.

La Cooperativa La Amistad Martinense ha celebrado el anunciado acto de propaganda cooperatista.

Don Vicente Arrerons, después de abierto el acto por el presidente de la entidad, demostró la necesidad de que el obrero cooperatista relacione su actuación con el mutualismo, entendiéndolo por tal la aplicación del exceso de percepción a las necesidades del obrero y de su familia. Expuso ejemplos de las cooperativas de Milán y de la Casa del Pueblo de Bruselas, que han adoptado esta combinación, ensalzando los resultados obtenidos.

El doctor Raduá, después de saludar a La Amistad Martinense en nombre de la Cámara Regional y de exponer el deseo de que la Federación sea integrada por todas las Cooperativas, estableció distinciones entre la cooperación y el cooperatismo, demostrando que éste puede resolver los problemas candentes entre los distintos estamentos sociales.

Sentó el verdadero concepto del llamado conflicto entre el capital y el trabajo, de individualismo y colectivismo, de la llamada lucha por la vida que no es más que adaptación, y del verdadero concepto que debe tenerse de la máquina.

Analizó la obra que en sentido colectivista realiza la Amistad Martinense y termina haciendo votos para la expansión de la misma como medio para lograr que el Cooperatismo gobierne la marcha de los pueblos.

La numerosa concurrencia que llenaba el local tributó aplausos a los oradores.

Imprenta de EL PRINCIPAL Escalero Blanco, 3 bis, bajos.

## Gaceta

Anoche el estado de huelgas existentes en Barcelona era el siguiente: Pelateros, un taller cerrado, con 5 huelguistas; tejidos, una fábrica, con 122 obreros; pintores cinco talleres, con 1 obrero.

En la plaza de toros en construcción se trabaja con 20 albañiles y 61 peones de los antiguos y 45 esquirols, continuando la huelga 112 operarios.

Telegramas detenidos en la Central de Telégrafos por no encontrar a sus destinatarios:

Meze, Pedro Gase, calle Provenza; Nimes, Fiborio, 16, 1.º; Etage; Chantada, María Corral, Baños Nuevos, 4, principal; Archena, Crisanto García, Conde Asalto, 55; Tarbes, María Paredes, Hebet, 13, principal; Toulouse, Paquita Serra, Bajada San Miguel, 5; Calanda, Joaquín Millán, pasaje Arbelló, 5, 2.º, 2.º.

A las cuatro de esta tarde se reunirá, bajo la presidencia de don José Arañó, la Junta de propietarios de la derecha del Ensanche, para tratar de asuntos importantes referentes a la mejora de aquella demarcación, y para recibir a los nuevos vocales propietarios don Ramón Domenech y don Francisco Webermann, gerente éste de la casa Chalaux, los cuales han entrado a formar parte de dicha junta.

Hoy empezarán a prestar servicio en los muelles varias parejas de la guardia civil en vista de los ataques que se han realizado estos días.

Por haber intentado apoderarse de una caja de dátils de un carro que pasaba por la calle del Rech, fue detenido y puesto a disposición del Juzgado, Francisco Bonet Carbó, de veinte años.

Otros individuos que le acompañaban, consiguieron huir.

La portera de la casa número 72 de la calle de Trafalgar, Margarita Bujons, de cincuenta años, ha denunciado a los municipales a su esposo Luis Miranda Sala, de setenta años, el cual amenazó de muerte a la denunciante y a sus hijos.

El denunciado, que fué sorprendido con un revólver en la mano, fué puesto a disposición del Juzgado.

Telefonemas detenidos en la Central de Teléfonos por no encontrar a sus destinatarios:

De Almería, Juan Murillo, Luna, 16, 5.º; de Madrid, Agostino Gómez, Gerona, 145; de Valencia, T. Martínez Gil, Victoria, 3; de Valencia, Fournieros de Valencia, Hologado Mallorca, 324; de Valencia, Roca; de Valencia, Figuerola, Estruch, 6 al 10; de Málaga, Grupo Ojen; de Manresa, Abasges; de Victoria, Pimoya; de Tortosa, Batlle, Balmes, 426, 2.º, 1.º.

## Bolsín mañana

Interior, 79'05 papel; Nortés, 95'20 papel; Alicante, 92'90 dinero; Orenses, 23'40 dinero; Platas, 85'75 papel; Dóbla, Interior, 22'00.

Noticia de los fallecidos los días 28 y 29 de Diciembre de 1915.

Cesados, 30. Viudos, 10. Solteros, 7. Niños, 15. Abortos, 0. — Nacidos

Cesadas, 9. Viudas, 16. Solteras, 4. Niñas, 7. Varones, 25. Hembras, 20.

## Lección provechosa.

Enrique Arenal y su esposa María están sentados a la mesa en el comedor de su casa en compañía de sus dos hijos: Juanito, de ocho años, y Luisa, de seis.

Los dos esposos han tenido una disputa durante el almuerzo.

Suspendidas las hostilidades mientras el criado levantaba los manteles, reanudáronse apenas se hubo retirado el testigo, ante el cual guardaban silencio.

—¿Conque es cosa resuelta?—dijo Enrique entono brusco.

—Sí—contestó María completamente resuelta.

—Según eso, vas esta noche al baile.

—¡Vaya aliré! ¡Son tan pocas mis diversiones!

—¿Y si yo te prohibiera que fueses?

—Te diría que eres un tirano y que estoy harta de la vida que me estás dando.

—Yo también lo estoy; pero, por fortuna, tengo a mano el remedio.

—¡Ya te entiendo... Y tienes razón, porque no podemos vivir juntos.

—Veo que tampoco has dejado de pensar en el divorcio. Pues bien; divorciémonos seguidamente, si te parece.

—Sí, señor; divorciémonos. Vale más que acabemos de una vez.

—Ahora mismo voy a casa de mi abogado.

Enrique y María se levantan de pronto.

—Y yo a casa del mío—contesta la mujer.

Los dos salen del comedor, uno por la derecha y otro por la izquierda, haciendo crujir las puertas.

Juanito y Luisa se han quedado solos. La violencia de la escena que acaban de presenciar les ha puesto de muy mal humor. Guardan silencio durante algunos instantes y al fin Juanito se decide a hablar, pero en voz baja.

—¿Has visto, Luisa, qué incomodado está papá?

—¡Ya lo creo! Mamá también está fuera de sí.

—Y lo peor es que se han olvidado de nosotros y no nos han dado postres.

—Yo no me he atrevido a pedirlos por miedo a un coscorrón.

—Lo mejor será que nos pongamos a jugar.

—Bueno; pero ¿a qué?

—Haremos un carruaje con dos sillas y

levaré a dar un paseo. Tú serás la princesa y yo el cochero.

—No, Juanito; eso no me divierte. Tú serás mi marido y yo tu mujer.

—Ya hemos jugado a eso esta mañana. Pensemos otra cosa.

—¿Qué?

—Se me ocurre una idea.

—¿Algún juego nuevo?

—Sí; el juego del divorcio, como papá y mamá.

—¿Y qué hay que hacer?

—Armaremos una disputa y nos insultaremos.

—Bueno; pero no vale pegar.

—Eso no; papá y mamá no se han pegado nunca.

Los dos niños se sientan a la mesa en los mismos sitios que habían ocupado Enrique y María.

—¿Conque estás decidida a ir a ese baile—dice Juanito con acento de indignación.

—Sí, señor. Quiero bailar mucho; esta noche.

—Pues yo soy el amo y te prohibo que vayas al baile.

—¡Eres un tirano!

—Y tú una loca. No puedo más. Pero, por fortuna, dispongo de un medio para que todo esto concluya. Nos divorciaremos inmediatamente.

Luisa, bajándose de su silla:

—Ahora mismo voy a casa de mi abogado.

—Y yo a casa del mío.

—¿Se ha concluido ya el juego?

—No, ahora viene lo más divertido. Hay que hacer lo que se hace cuando un matrimonio se divorcia.

—¿Y qué es eso?

—Es preciso partir por igual todo lo que tenemos.

—¿Me darás tu peonza?

—Sí, y yo me quedaré con tu abanico.

—Tu traje de soldado será para mí. Me vestiré de cantinera.

—Te advierto que yo me llevaré tu muñeca.

—Eso no.

—Ya que nos divorciamos en tan tuya como mía.

—Pues yo no te doy mi muñeca.

—Pero, ¿por qué?

—Porque es mi hija y yo soy su madre.

—Yo sabré defenderla mejor que tú, porque soy su padre.

Ya viste que el otro día cuando el perro quiso morderla...

—Sí; ya sé que la salvaste y que te debe la vida. Pero yo la visto por la mañana y la acuesto por la noche. La pobrecilla no dormiría si no la tuviera siempre a mi lado.

—Yo, en cambio, ganaré dinero para comprarle muchos trajes.

—Soy su madre!

—No importa. Ya que nos divorciamos hay que partirlo todo.

Luisita corre en busca de su muñeca y estrechándola contra su pecho exclama:

—No, Juanito; no te la llevarás.

—¿No? Pues me apoderaré de ella a la fuerza.

—No, no... no la suelto aunque me pegues.

Juanito se dirige hacia su hermana y trata de arrebatarle a toda costa la muñeca, pero Luisa se resiste y se pone a gritar como una desesperada.

Dos puertas se abren en aquel momento y se presentan en el comedor Enrique y María.

—¿Qué es eso, hijos míos?—pregunta la madre.—¿Os habéis hecho daño?

—¿Por qué lloras, Luisa?—pregunta a su vez Enrique.

Y la niña contesta con la voz entrecortada por los sollozos:

—Juanito quería quedarse con mi muñeca!

—Estaba en mi derecho—replica el muchacho—. Nos habíamos divorciado y era preciso hacer las particiones. ¿No es verdad, papá, que cuando uno se divorcia se reparte todo entre marido y mujer?

—Pero no las muñecas—responde la niña—porque las muñecas son de la madre.

—También son del padre y cuando hay dos muñecos el padre coge uno y la madre otro.

Luisa, llorando a lágrima viva:

—¡Yo no quiero divorciarme! Basta ya de divorcio y juguemos a otra cosa. ¡Eso perjudica demasiado a las muñecas!

Enrique y María se han mirado y se han comprendido.

El padre estrecha contra su pecho a los dos niños y la madre se inclina hacia ellos y los cubre de besos.

María estrecha luego la mano que le tiende su esposo, a quien dice al oído:

—No me gusta tampoco el juego del divorcio.

Enrique, indicando con la mirada a Luisa y a Juanito:

Soy del mismo parecer. ¡El divorcio perjudicaría demasiado a los muñecos!

ALBERTO LAVOCAT.

### Un mendigo interesante.

A los extranjeros que visitan Tabris (Persia) les llama la atención un mendigo de aspecto venerable que recorre penosamente las calles apoyado en un grueso bastón. El actual perdidioso es un ejemplo viviente de las vicisitudes de la existencia humana. En otros tiempos fue jefe de policía de Tabris y vestía con todo el esplendor de los uniformes orientales el que ahora se cubre con unos harapos e implora la pública caridad, sin que na-

die le ofrezca protección. Para hacerse cargo de la importancia del destino de jefe de policía en aquella población basta decir que Tabris es capital de la provincia de Aderbaiján y segunda capital de Persia, por ser la residencia del príncipe heredero, que la gobierna; es también residencia de un arzobispo y de un obispo y tiene 200,000 habitantes.

### La Isla de los pelícanos.

En un lago de Buena Vista (California) hay una isla de pequeñas dimensiones habitada exclusivamente por pelícanos silvestres en número de ocho o diez mil. Los padres reúnen a los hijos en la orilla del agua mientras van a buscar la comida, la cual se compone casi exclusivamente de peces. Los padres engullen la pesca y cuando vuelven a tierra introducen el pico en el de los hijos y devuelven el alimento que traen almacenado en el estóma-

go. Las hembras no ponen más que dos huevos, en el mes de Mayo. Casi todos los nidos están situados en la parte del Mediodía de la isla, para que dé el sol todo el día.

Los pequeños alcanzan el tamaño de un pavo antes de echar la pluma; cuando ésta empieza a crecer, adquiere en seguida una dureza y una resistencia tales, que es invulnerable a las perdigonadas, porque precisa emplear bala para cazar dichas aves.

Gerardo sonrió melancólicamente.

—¡Oh, caballero, es inútil que demos nuestros nombres. Mi amigo y yo hemos cumplido un deber como cualesquiera otros en nuestro lugar.

Muy débil, Daniel se dirigió al médico.

—Doctor... entérese de quiénes son estos caballeros... Su tarjeta.

—Nosotros deseamos reservar nuestros nombres—insistieron al mismo tiempo Juan y Gerardo—. Adiós, doctor.

—Adiós, caballeros.

Daniel retiró la mano de Gerardo.

—Permítame que insista... ya ve que estoy enfermo... muy enfermo... No me lo niegue.

El hijo de Isabel sonrió.

Se halla usted aun bajo la influencia del golpe. Dentro de unos días estará usted bien. Adiós. Permítanos que nos retiremos.

—Gracias, gracias, caballeros. La Providencia hará que nos encontremos.

La gente se aglomeraba a la puerta de la quinta. Las autoridades se ocupaban del traslado del desgraciado chofer, mientras que exclamaciones de lástima salían de todos los pechos al ver el cadáver y el vehículo destruido.

Juan y Gerardo se dirigieron hacia la estación.

—Querido amigo—dijo Juan—, de buena hemos escapado.

—No me hables. Creí que éramos aplastados,

—¡Y yo también! ¡Espantoso! ¡Horrible! Esos vehículos deberían ser prohibidos o por lo menos la velocidad debiera ser severamente reglamentada.

Cuando llegaron a la calle de Breda, los jóvenes relataron el accidente.

Varias veces Isabel y Filomena, ambas pálidas, cambiaron miradas de inteligencia. Las dos mujeres preguntaron discretamente.

Al fin del relato no les quedaba ninguna duda: Gerardo había socorrido a su padre.

Hacia muchos años que Isabel no osó hablar de su esposo y había acabado por olvidar el pasado triste. ¿Este accidente iba a renovar sus torturas?

La desgraciada experimentó un alivio cuando supo que Gerardo había ocultado su nombre.

Ya su imaginación angustiada había entrevisto la posibilidad de una entrevista. Y no la quería a ningún precio.

Sin embargo, Isabel quedó pensativa.

—No se entristezca, señora—dijo Filomena cuando las dos mujeres se encontraron solas.

—No—suspiró Isabel—, pero es su padre.

—De hecho sí; pero un padre que reniega de su hijo... no es tal padre.

¿Acaso piensa él en Gerardo? Esos Antignac no tienen más que orgullo; carecen de corazón. Nos verían morir de hambre y no nos tenderían la mano.

Isabel guardó silencio.

—Procure la señora encontrarles. Verá cómo esto resulta edificante.

—No, no lo haré... Basta de sufrimientos. Tiene usted razón, Filomena, no hablemos más de ello.

Isabel volvió a suspirar.

—¡Pensar que son nuestros hijos quienes quizás les han salvado!... ¡Qué extrañas sorpresas nos reserva la vida!... ¡Gerardo reconfortando, sosteniendo a su padre!... ¡Oh! ¡Dios mío!

—A mí esto no me emociona ni pizca. No les deseo mal; pero no me disgustaría verles sufrir un poco. ¿Qué quiere usted? A nosotros, si que nos desesperaría el que nos rompieran una pierna, lo cual no nos ocurrirá, en auto. Pero a ellos, aparte del dolor, ¿qué otro perjuicio podrá causarles? Señoras de compañía les distraerían, carruajes les pasearían, sastres afamados les confeccionarían ropas con las cuales a primera vista no se sabría que les faltaba un miembro...

—¡Oh, cálese usted!...

—Yo soy así: buena para los buenos, sencilla, nada arrogante; mala hasta no poder más con los desalmados.

—¡Olvidemos!... ¡Esto es tan viejo!...

—Para mí es como si datase de ayer. Ann veo a la señora Claudia, aun la oigo decir: «Hallándose al servicio de la señora de Antignac, lo está al del conde Daniel.»

Filomena prorrumpió en una carcajada y después con viveza agregó:

—Olvidamos que es día de mi cumpleaños y que este número no figuraba en el programa de fiestas. Los niños no se acuerdan ya del accidente. Hagamos como ellos.

## El hombre rubio.

Juan empleaba siempre una exactitud militar. Jamás llegaba tarde a una cita.

Antes de volver a Auteuil dió en compañía de Gerardo un paseo hasta cerca de la Magdalena. Los jóvenes se separaron cerca del quiosco de los tranvías.

Eran las ocho.

El tranvía Auteuil-Madeleine acaba de cambiar de vía. Lentamente los viajeros van ocupando asientos.

—¿No hay correspondencia?—preguntó el cobrador—. ¿No hay cartas?

Una sola.

Fué una joven quien la entregó, una joven como hay muchas en París, acostumbrada a salir sola, sencilla y linda.

La muchacha entregó la carta, miró a derecha e izquierda, sacó del monedero una pieza de níquel y se instaló para un trayecto que debía ser relativamente largo.

El timbre dió la señal al cochero y el vehículo se puso en marcha.

Un pasajero retrasado acudió corriendo, y sin responder a las palabras del cobrador, que le aconsejaba que esperase otro coche, dió un salto y se encaramó en la plataforma del vehículo.

Cada siete minutos sale tranvía—le dijo el cobrador—. Podía usted haber subido a otro.

—El tiempo es oro, amigo mío. ¿Por qué aguardar un segundo coche cuando puedo ir en el primero?

—A riesgo de romperse la cabeza.

—¡Bah! Jamás me ha sucedido nada parecido, ni espero que me suceda. Se es parisién o no se es.

El hombre que así hablaba miraba detenidamente a los pasajeros mientras entregaba al cobrador una moneda de cincuenta céntimos.

—¿Interior o plataforma?

—Interior.

El hombre se puso un cigarrillo en la boca y al encenderlo estuvo a punto de quemar con la cerilla el cabello de una señora que iba delante de él.

Esta se volvió indignada.

—¡Podía usted haber tenido más cuidado!

El aludido sonrió.

—¡Caramba!—exclamó sin hacer un gesto que demostrase su disgusto por lo ocurrido—. No habría estado bien que yo hubiese quemado a esta señora.

Los ojos del hombre, ojos azules y grandes, se fijaron en el interior del vehículo con el deseo de encontrar una aprobación a su frase, que él creía muy aguda. Entonces el extraño personaje se fijó en la joven que ocupaba el primer asiento junto a la plataforma.

Ella apartó su mirada del hombre, que prosiguió:

—¡Qué unidas están las mujeres en esta estación!

El cobrador sonrió, pero no dijo nada.

El hombre miró de nuevo a la joven, que miróle también. Era casual esta persistencia; pero el hombre lo atribuyó a un sentimiento de admiración.

Sucede algunas veces que se encuentra en un rostro una expresión conocida que hace que las pupilas insistan, que estudien mientras que el cerebro se pregunta dónde han sido vistas aquellas facciones.

... A veces también la mirada se siente atraída por una simpatía inexplicable.

—¡Qué hermoso tiempo!—exclamó el hombre—. ¡Qué deliciosa noche! Esta es la hora en que la vida comienza, la hora encantadora y suave en que los ojos reposan. ¿Verdad, cobrador?

—¡Oh!—respondió bravamente el empleado—. La hora que yo prefiero es la de las doce de la noche. El servicio termina y cada uno se va a su casa. Usted no puede comprender, caballero, lo que es tener doce horas de servicio sobre las piernas.

—Es fatigoso el oficio, ¿eh?

—A ratos y según el número de pasajeros. Hay horas de prisa...

—Sí..., sí...—dijo distraídamente el hombre—, horas de prisa... los pasajeros...

De repente el extraño personaje arrojó al suelo su cigarrillo, que estaba a medio quemar, lo aplastó con el pie y, abandonando la plataforma, fué a sentarse en el interior enfrente de la joven.

¿Qué edad podía tener este personaje?

Imposible precisarlo a primera vista. Lo mismo podía tener veinte y ocho años que cuarenta.

Observándole se reconocía enseguida en él al hombre pagado de sí mismo, con pretensiones donjuanescas.

Su sonrisa era acariciadora. Su figura denotaba cierto refinamiento.

Cuellos y puños tenían una blancura impecable.

Su traje era elegante.

Tenía bigote rubio e iba peinado a la parisién.

Los pasajeros iban renovándose.

El hombre rubio y la linda parisién estaban siempre en su asiento. Esta no hacía ni un movimiento. Todo dejaba suponer que ella iría hasta las últimas estaciones del recorrido.

Cuando el tranvía subía el bulevar Haussmann y la avenida Friedlon, los párpados del hombre rubio se entornaron y él parecía dormirse. Pero en la plaza de l'Etoile la voz del inspector le despertó bruscamente.

¿Y su vecina? ¿Había partido? No.

Ella también parecía dormir. ¡Y qué linda y graciosa era!

El tranvía pasó el Trocadero.

Nuevo juego del hombre rubio para asegurarse de la presencia de su vecina.

El tranvía siguió a toda marcha la calle de Passy.

No quedaban más que cuatro pasajeros en el vehículo: una señora de edad, el hombre rubio, Juan Plissier, a quien no se había escapado el manejo del anterior, y la joven.

De repente ésta hizo un movimiento como para levantarse.

—¿Baja la señora?—preguntó el cobrador desde la plataforma.

—Sí.

Su voz era dulce y pura como la de un niño.

El hombre rubio estaba fascinado.

La joven salió a la plataforma.

—Espere a que se detenga por completo—aconsejó el conductor viendo que la muchacha se disponía a saltar del coche aun éste en marcha.

La aludida lo hizo así. Después, dirigiendo una graciosa sonrisa al cobrador, puso el pie en el estribo del coche para descender.

En aquel momento el hombre rubio, con una brusquedad estudiada, se levantó también.

—¿Baja también el señor?

—Sí.

Nervioso, Juan Plissier le imitó.

—¿Y el señor también?

—Sí.

Preguntas y respuestas, así como la detención prolongada del vehículo, llamaron la atención de la joven, que volvió la cabeza.

Por la vía vió dibujarse la sombra del hombre rubio, que tan antipático e era.

La joven apresuró el paso.

El hombre rubio no tardó mucho en alcanzarla.

Juan Plissier le seguía.

El hombre sintió un momento de despecho, pero su sonrisa viosa dió a entender que, después de todo, le importaba poco.

—¿Señorita?—interpeló.

Juan se volvió rojo.

La joven apresuró más el paso.

—Permítame, señorita, que la diga una palabra—insistió el hombre— una sola palabra.

La linda parisina se detuvo en seco. Había visto que no estaba sola; oía los pasos de Juan detrás del hombre que le perseguía.

—Caballero—respondió—, no le conozco y, por lo tanto, le ruego que no me moleste más.

Y la joven reanudó su camino, no sin antes haber dirigido una mirada a Juan, que la miraba también.

Este había acortado su paso hasta quedar detrás de la joven como un sostén.

—Le ruego, señorita—prosiguió el hombre rubio—, que me permita acompañarla hasta su casa. Usted es aun muy joven para ir sola por un barrio tan solitario.

Juan sentía hervir la cólera en su pecho.

De repente el hombre rubio se volvió.

—¿Por qué, caballero, sigue usted mis pasos?

Con calma, el hijo de Filomena respondió:

—Ignoro lo que quiere usted decir, señor mio. La calle es de todo el mundo. Si no quiere usted que sea yo su sombra, pase a la acera.

—¿Sería usted acaso el protector de esta linda joven?—añadió el hombre rubio en tono burlón.

Juan se puso livido; pero contuvo su lengua y encogióse de hombros.

—Si he acertado, sentiría molestarle.

—Yo no soy el protector de nadie—respondió Juan con ira.

La joven se alejaba.

Juan la vió detenerse y llamar a una puerta. Después la vió entrar en el portal y desaparecer.

Juan Plissier no deseaba otra cosa.

No la conocía. No la había visto jamás. Todo en la joven revelaba honradez y esto había bastado para que él quisiera preservarla de los insultos y las groserías de aquel hombre despreciable.

Juan estaba satisfecho.

Tranquilamente el joven reanudó su camino, mientras que el hombre rubio juzgaba prudente alejarse porque a la luz de un farol veía avanzar un guardia de seguridad.

### III.

## Paulette.

Los lectores habrán reconocido en la linda parisién a Paulette, la huérfana de Auteuil, la hija adoptiva del bravo Marmagne el agente número 13.

Numerosos sucesos se han sucedido desde la infancia de Paulette.

Celestina ha muerto. El trastorno sufrido por ella en la carrera loca al hospital Necker produjo a la pobre mujer trastornos cardíacos que minaron su salud robusta.

Paulette vivía, pues, con Marmagne.

Este, en una colisión con los *apaches*, recibió en el brazo izquierdo una herida que hizo temer una amputación. Por fortuna, la herida pudo cicatrizarse sin más consecuencias que el atrofiamiento del miembro herido. Así, cuando la hora del retiro llegó, el agente la acogió gustoso.

¿Por qué amaba el agente a Paulette como si fuese su hija propia?

¿No había sido para él su primera sonrisa? ¿No era él quien había guiado sus primeros pasos?

Carifio en el que había un poco de egoísmo, porque, después de todo, la niña le pertenecía por pura casualidad, y si los sucesos trágicos no se hubiesen desarrollado con tal precipitación en el palacio de Antignac, Isabel no hubiera desistido de sus pesquisas hasta encontrar a la huérfanita, a la hija de Jacques.

Pero la horrible fiebre que la puso a las puertas de la muerte y la llevó a una postración comatosa que duró varios días había producido un trastorno en su cerebro. Después de veinte años estaba como al día siguiente de los terribles sucesos. Recordaba perfectamente que había raptado la niña y había salido con ella por la puerta de la calle de Ribera... ¡pero nada más!

Cuando la desventurada reflexionaba sobre todo este pasado, sus ojos se llenaban de lágrimas y crispaba sus manos con desesperación.

¡Qué castigada estaba por el rapto, efectuado, sin embargo, con las más puras intenciones!...

¿Qué habría sido de la niña? ¿No habría ella labrado su desgracia?

¡Desolación vanal! No sabía si la muchacha estaba muerta o viva.

Nada. Absolutamente nada. ¿Despertaría algún día la memoria de Isabel? Esa lesión, producida más por el estado general que por una fiebre intensa, al cicatrizarse al cabo de tiempo, ¿no produciría una luz?

¡Ay!

Paulette no conocía nada de su nacimiento porque Marmagne, como de acuerdo tácito con la mujer que le había entregado la niña, no había hecho jamás ninguna revelación a la huerfanita. Su adopción estaba rodeada de un sistemático silencio.

No, él no la devolvería jamás. Era su hija. No la había criado él para otros.

Marmagne no se arrepentía de la resolución tomada.

¿Para qué iba a atormentar a la niña revelándole el secreto de su nacimiento? ¿Qué le faltaba?

La menor revelación podía producirle preocupaciones y Marmagne lo evitaba con celoso cuidado.

El ex agente había hecho dar a Paulette una instrucción mediana y después la había puesto en un taller de modista para que aprendiera el oficio.

Paulette, lista como una ardilla, aprendió también, y esto por su cuenta, la confección de sombreros de señora.

En la casa que Marmagne y la joven habitaban en la calle de Mozart, porque el ex agente no había querido dejar Autenil, Paulette se había puesto a trabajar por su cuenta, consiguiendo reunir una buena clientela.

—Eleva tus precios—le decía con frecuencia Marmagne—. Trabajando caro únicamente las grandes señoras se dirigirán a ti.

La joven respondió sonriendo:

—¡Bah! Tal como estamos ya somos dichosos. Yo elevaré mis precios cuando comprenda que se puede retribuir largamente mis horas de trabajo; pero no me negaré jamás a servir a una mujer desgraciada a la que pueda ser útil.

—Nunca lograrás constituirte un dote, hija mía,

La joven soltaba una carcajada sonora y fresca y se ponía a cantar:

¡Oh libertad querida,  
único bien de la vida,  
tengo confianza en ti...

Después la joven saltaba al cuello del buen hombre y le cubría el rostro de besos.

—Paulette, cuando te oigo cantar me hago reproches.

—¿Por qué, papá?

—Con la voz que posees debí llevarte al Conservatorio.

—Exageras, papá. Es preciso tener mejor voz que la mía para ser admitida en esta escuela nacional.

—El timbre de voz se modifica; para eso son las clases de música.

—De modo que quisieras hacer de mí una artista lírica, una...

Marmagne le interrumpió.

—¡Eso jamás! ¿Tú en un escenario? ¡Jamás, jamás! Pero habrías podido dar lecciones de canto.

—Prefiero mi vida actual, padre mío. Además, ¿podría asegurarse que yo tuviera discípulas?

Marmagne suspiró.

—¡Oh! ¡Ya lo creo! Y te habrías creado relaciones que así no tendrás nunca.

—Te aseguro que estoy muy bien en mi taller.

—Sí; pero, volviendo a mi primitiva idea, en las grandes casas a que tú vas...

—No son muy numerosas esas grandes casas, padre mío.

—Hay siempre una con la que puedes contar.

—Sí, la de la condesa de Antignac. Aquella sí que se puede decir que es una casa rica.

—¿Tú no has visto jamás a los señores?

—No, papá.

—Son muy orgullosas estas gentes de la aristocracia. ¿Qué es para ellas una modista aunque sea linda como un amor? Muy honrada debes considerarte, mi pobre Paulette, bordando los vestidos de esas señoras. Es demasiado tarde. Te he lanzado en un camino que no era el tuyo.

—Pues yo estoy muy satisfecha de la conducta de la condesa de Antignac, que es una buena señora. Es verdad que he trabajado tres medios días en su casa y no se ha dignado hablarme siquiera; pero, en cambio, sobre el precio de mi trabajo ha dado cinco francos. Así yo he recomendado muy calurosamente a su aya que le diese las gracias en mi nombre.

—Digas lo que quieras, yo hubiera preferido a esto una frase amable de esa señora.

—Ya me la dirigirá algún día.

Marmagne paseaba por la estancia a grandes zancadas.

—Te he hecho equivocar el camino—murmuraba—. Pero, ¡bah! dejemos ya esto. No quiero pensar más en ello.

—Harás bien, papá, o al menos para sentir remordimientos aguarda a que haya motivo. Ahora ya lo sabes, si es mi voz la que te produce pena, no cantaré más.

## La Intrusa a bordo.

Una camarera vino a buscarme a cubierta.

—La señora le ruega que baje... Parece que no se encuentra bien.

Abandoné el grupo en que se comentaba la escena que acabábamos de contemplar y me dirigí de prisa a nuestro camarote, donde Emilia se obstinaba en pasar los primeros días del viaje de novios. La encontré desfallecida en su litera, muy pálida, con un fulgor errante en los ojos, de un azul de zafiro. Oprimí con cariño sus manos, niveas por su frialdad y su blancura, y procuré reanimarla.

—¿Qué tienes Emilia?... No será nada...

Por el ventanillo, después de rielar en las osas, entraba un rayo de luna; al posarse en el rostro de Emilia el claro-oscuro indeciso parecía agrandar los ojos en un cerco violáceo y ponía en las pupilas dilatadas una extraña fosforescencia... La palidez lunática se reflejaba en sus mejillas... Mirándola pensé, confusamente, en Ligeia, en alguna heroína de narración espectral. Pero, inquieto, crispando mis manos en sus brazos desnudos, la llamé a gritos:

—¡Emilia! ¡Emilia!

Di luz. Nerviosamente busqué un pomo de sales que la hice aspirar.

Vuelta en sí, suspirante, abrazada a mí, murmuró:

—He tenido miedo... Un miedo atroz... el más grande de mi vida.

Y temblaba.

—Miedo ¿de qué?

—Sí, miedo... Y sin ti... ¿Dónde estabas?

—En la cubierta.

Me miró fijamente.

—¿Qué pasó allí? ¡Dime!

—¡Allí! ¡Nada, hijal...

—Sí; tú lo viste... Yo lo sentí... Y lo vi...

—¡Imposible!

Sonriendo melancólicamente, me respon-

dió:

—Yo había apagado la luz para dormirme.

## Actrices masculinos.

Durante el reinado de Carlos II de Inglaterra, en el año 1662, por primera vez se permitió a las mujeres representar en el teatro; hasta entonces los papeles femeniles los representaban muchachos u hombres.

El mismo actor que representó papeles fe-

pero la claridad de la luna me desvelaba... De pronto sentí en el techo un ruido de pasos, como de hombres que llevasen suelas de madera...

—¿Qué más?

—Luego los pasos eran más raros, el ruido parecía fijarse en un solo punto... ¿Después? Después un murmullo, algo como un rezo, algo muy triste, imponente... Y luego, lo más terrible: un silencio, un silencio... Sólo el rumor del mar... Y en ese silencio el barco, de un golpe, se detiene... Ya no corren las olas detrás de nosotros... ¿Por qué hemos parado? Empiezo a comprender...

Estaba muy nerviosa; en los ojos, en los labios yertos dominaba el espanto... Le latía el corazón con una rapidez trágica.

Y prosiguió:

—Empecé a comprender... Y en medio del silencio, de aquel silencio infinito, oí como un rumor de cuerdas que se deslizan... Por el ventanillo veía el mar, con la luna... Pero en un momento no ví nada; un cuerpo oscuro interceptaba la luz; cuando volví a ver la luz, algo que se hundía en el mar rompió el silencio y el barco se puso otra vez en marcha... Y yo sé, yo sé lo que ha sido... Ha sido la Muerte, ¿sabes? La Intrusa que estaba a bordo y que pasó por mi ventanillo para saludarme, no ha querido irse sin verme...

Intenté con una broma desvanecer su lúgubre superstición:

—La muerte es muy atenta, pero no hablamos de ella. Nosotros preferimos la amistad de la Vida.

—Y a quién se ha llevado?

—A un marinero viejo.

Acababa de decirle una mentira.

La Intrusa había estado a bordo para llevarse a una mujer joven y hermosa, seguramente romántica como Emilia...

ALBERTO IXATA.

meninos fué Eduardo Kynaston, hombre notable por su belleza casi femenina; nació en 1619 y murió en 1867. La primera actriz notable que hubo en Inglaterra fué la señora Saunderson; viuda más tarde, se casó con el señor Bertterton y murió en el año 1712.

## El yute.

Háblase mucho de la crisis por que atraviesan las industrias que tienen el yute como materia prima para su fabricación, como las que producen sacos, cuerdas, jarcias, telas, etcétera. Hay en España 50 fábricas de artículos de yute, que representan un capital global de 40 millones de pesetas. Esas fábricas arrojan al mercado todos los años una masa de artículos elaborados que vale 50 millones. En ellas encuentran trabajo seguro 22,000 obreros, sin contar numerosos empleados, lo que hace que otras tantas familias se vean al abrigo de la miseria.

La materia prima que transforman viene de Calcuta, el gran puerto de la India inglesa, donde se centraliza el mercado de exportación del producto textil preparado con el *corchorus olitorius*, base de una gran riqueza en la provincia indostánica de Bengala, así como también en China, donde es conocido desde remotísima antigüedad.

Y esa materia prima, en menos de diez años, se ha elevado de precio hasta casi el triple.

La revista inglesa *Dundee Prices Cu rent and Trade Report* ha publicado un cuadro estadístico de los precios del yute en los últimos años, que resume admirablemente la situación creada a la industria española de que nos ocupamos.

En 1903 la tonelada de 1,000 kilos de yute costaba en Calcuta, sin contar los fletes hasta los puertos españoles, el transporte en ferrocarril, los derechos de entrada, etcétera, 378 pesetas.

En 1913 costaban a nuestros fabricantes los 30.000,000 de kilos de yute que normal-

mente adquieren en Calcuta 11.340,000 pesetas. En el año que corre les costarán 29.160,000, o sea 17.820,000 más que hace diez años.

Esto significa algo superior a todas las previsiones y una perturbación total de los cálculos hechos.

Los fabricantes de artículos de yute han luchado en vano contra la crisis, han reducido sus ganancias, han aguardado a que unas cotizaciones menos altas les permitieran no alterar sus tarifas de venta.

Pero se ven ante un caso de fuerza mayor y sopena de arruinarse privando a España de una industria floreciente y dejando en la desesperación a 22,000 familias que encuentran en sus fábricas la solución del problema de la vida, tendrán que modificar sus precios, no en la medida a que les impulsan las circunstancias, sino con arreglo a los principios fundamentales de respeto a la clientela que viene siguiendo desde que dedicaron al negocio de la fabricación de artículos de yute sus capitales y su actividad.

Bien merece esta industria, tan necesitada, tan necesaria, la protección de los Gobiernos y de los Parlamentos. Ella nos ha emancipado del extranjero. Ella es complemento de infinitas actividades productivas. Agricultores, azucareros, fabricantes de abonos y de productos químicos, cientos de miles de hombres, para los cuales el envase plegable, barato, fuerte, resistente y cómodo es esencialísimo, dependen en cierto modo de las 50 fábricas que en España hay de tal ramo industrial.

## Nigromantes, geomantes y sibilas.

Los pueblos occidentales pretenden que ciertas cosas traen el bien y el mal. Sus supersticiones llegan muchas veces hasta lo ridículo. Hay días y números que traen fortuna; signos precursores de desdichas y alegrías.

Los pueblos orientales van más allá. Poseen una enormidad de fantásticas creencias respecto a los espíritus buenos y malos, que pueden ser amigos o enemigos según el caso.

En China los que predicán el porvenir han llegado a la perfección en este arte y, desde el rico mandarín hasta el más misero habi-

tante, todos creen firmemente en sus predicciones.

Los nigromantes y los geomantes son muy estimados y respetados, se les tiene consideración y son consultados en cada eventualidad de la vida. Ningún muerto es sepultado antes que el adivino no diga el día más conveniente, ni se contrae matrimonio sin que él indique la estación más propicia. Si algo desagradable le ocurre a algún chino, el nigromante con su espejo cóncavo pone en fuga todos los espíritus malignos que invadieron el hogar.

### La ciudad del Lago Salado.

Los mormones, perseguidos durante estos últimos años en los Estados Unidos por practicar la poligamia, han emprendido en Europa, particularmente en Inglaterra, una activa campaña de propaganda en favor de sus doctrinas religiosas.

Durante un largo período de tiempo los mormones no fueron molestados en Norte América, pudiendo tranquilamente llevar a la práctica sus creencias; pero llegó un momento en que el puritanismo yanqui se dio por ofendido y se declaró ilegal la poligamia aceptada como artículo de fe por los mormones.

La secta, que se titula a sí misma "Iglesia de Jesucristo de los Santos del último día", fué fundada el año 1830, en Manchester y Nueva York, por José Smith, quien, a la edad de quince años, empezó a tener visiones. Según él, un ángel se le apareció durante tres veces, declarándole que la Biblia del nuevo continente estaba enterrada en cierto lugar de Manchester. Después de pasar tres años de purificación espiritual, fué al lugar designado, donde el ángel le entregó una caja de madera en la cual se hallaba un volumen de seis centímetros de grueso, hecho de delgadas láminas de oro de ocho por siete centímetros, unidas todas por tres anillos de oro. El libro estaba escrito en egipcio reformado, y Smith, no obstante su escasa ilustración, dictó a un amanuense, situándose detrás de un biombo, una traducción que fué luego impresa con el título de *El libro del mormón*.

El libro, en el cual se declaraba a José Smith como profeta de Dios, intentaba trazar la historia de América desde el primitivo establecimiento en ella de un grupo de refugiados procedentes de una de las tribus dispersas después de la confusión de las lenguas, sucedida, según la Biblia, cuando la soberbia humana quiso elevar hasta el cielo la famosa Torre de Babel. Un cierto mormón recogió y enterró los anales de aquel pueblo para que a su debido tiempo fueran descubiertos por el profeta escogido.

Smith pronto consiguió discípulos y después de muchas vicisitudes y no poco escándalo murió a manos de una multitud en Nauvoo, Estado de Illinois. Convertido así en "mártir", sus doctrinas alcanzaron mayor éxito. Smith tuvo un renombrado sucesor en Brigham Young, quien en 1847 fundó la Ciudad del Lago Salado, en Utah. Allí la maravillosa actividad e industria de la comunidad convirtió en un jardín lo que era región inculta e ingrata. En 1849 se organizó dicha región como Estado, con el nombre de Deseret—la tierra de la abeja—, pero las autoridades federales de Washington se negaron a ratificar su constitución. Sin embargo, lo reconocieron como Territorio de Utah y a Brigham Young gobernador del mismo.

La hermosa Ciudad del Lago Salado cuenta cincuenta mil habitantes y tiene cuatro millas de largo por tres de ancho. Entre sus principales edificios figura en primera línea el gran Templo Mormón.

## Marítimas.

### Movimiento del Puerto.

#### Diciembre, 29.—Embarcaciones llegadas hoy.

De Ciudadela, en 4 días, pailebot "Valentina", de 72 toneladas, capitán Anglada, con efectos.—De Palma, en 10 horas, vapor correo "Rey Jaime II.", de 580 toneladas, capitán Pujol, en lastre y 29 pasajeros.—De Gandia, en 20 horas, vapor "Tintorés", de 706 toneladas, capitán Sensat, con cargo general y 33 pasajeros.—De Vertch y escalas, en 14 días, vapor italiano "Michelangelo", de 1,534 toneladas, capitán Thomates, con 3,100 toneladas trigo a la orden.—De Cardiff, en 10 días, vapor inglés "Refugio", de 1,678 toneladas, capitán Davies, con 3,140 toneladas carbón a la orden.—De Newcastle, en 12 días, vapor inglés "Ragua", de 1,110 toneladas, capitán Souberg, con 1,235 toneladas carbón mineral y 211 ídem ídem coke a Juan B. Borés y 1,270 ídem ídem a la orden.—De Sevilla y escalas, en 10 días, vapor "Azulfarache", de 740 toneladas, capitán Heredia, con cargo general y 7 pasajeros.—De Newport, en 10 días, vapor alemán "Rima", de 1,000 toneladas, capitán Lassen, con 2,000 toneladas carbón a la orden.—De la mar, en 17 días, vapor "Kelvin", de 67 toneladas, capitán Zulueta, con 8 toneladas pescado.—De Buenos Aires y escalas, en 17 días, vapor italiano "Duca degli Abruzzi", de 4,312 toneladas, capitán Bettone, con cargo y 336 pasajeros de tránsito y 38 para esta.—De Fiume y escalas, en 16 días, vapor austriaco "Zrinyi", de 941 toneladas, capitán Sepich, con cargo general y 12 pasajeros.

**Despachadas.**

Para Marsella, vapor "Cabo Nao", capitán Midabeitia, con efectos.—Para Génova, vapor italiano "Duca degli Abruzzi", capitán Bottone, con ídem.—Para Ibiza, vapor correo "Isleño", capitán Rigo, con ídem.—Para Palma, vapor correo "Balear", capitán Benmasar, con ídem.—Para Valencia, vapor noruego "Sicilia", capitán Johansen, en lastre.

# Servicio telegráfico y telefónico

## de nuestros corresponsales

### Madrid, provincias y extranjero

**Cierre de teatros.**

Madrid, 30 (2'15).

Antes ha cerrado el Royal, el Kursal y el Teatro Nuevo por cultivarse el género pornográfico. El cierre ha coincidido con el funcionamiento de la Junta de señoras católicas y una campaña interesada por determinados periódicos parece que ese es el pretexto para cerrar a Esclava, donde representarse las *Píldoras Hércules*.

En tal caso la Sociedad de autores adoptará actitudes enérgicas.

**Periódico denunciado.—El Parsifal.**

Se ha denunciado *La Tribuna* por ataques al señor Dato.

En el Real verificóse el ensayo general de *Parsifal*. Se ha ovacionado al maestro Lasalle. Los coros afinadísimos. La obra ha despertado enorme sensación.

**Escándalo en un mítin.**

Valladolid, 30 (1'5).

La tercera sesión del Congreso de ferroviarios discutíase el asunto del Norte de Cataluña, al hablar un orador catalán hubo un formible escándalo. El presidente, señor Barrio, vióse obligado a reclamar a las autoridades para que desalojaran el local.

**EXTRANJERO****Servicio especial de la AGENCIA HAVAS.****Incendio.—La nieve.**

Paris, 30 (0'40 m.)

Dicen de Montreal que un gran incendio ha destruido un barrio de casas. Cálculanse en 5.000.000 las pérdidas.

Moscou, 30 (5'20 m.)

A causa de una tempestad de nieve han perecido siete personas entre Moscov y Ourski.

**La pesca de la sardina.**

Paris, 30 (5'24).

*Le Petit Journal* dice que en San Juan de Luz un cañonero francés ha capturado a siete embarcaciones españolas pescando la sardina en aguas francesas. Entre los españoles a causa de esto hay gran excitación.

Un fuerte temporal ha causado esta madrugada importantes averías en la línea telefónica, entre Zaragoza y Madrid, no habiendo sido posible celebrar la acostumbrada conferencia de las diez.